



LA PASCUA

VIVIR LA EXPERIENCIA DEL RESUCITADO

INTRODUCCIÓN

La experiencia de los primeros discípulos de Jesús nos proporciona una comprensión profunda de nuestra propia fe, iluminando el camino que transitamos como creyentes actuales. Los discípulos, primeros testigos de la Resurrección, enfrentaron un cambio radical en sus vidas al encontrarse con el Cristo Resucitado. Su experiencia no solo transformó sus vidas, sino que también sentó las bases para la fe cristiana que perdura hasta hoy.

Para nosotros es esencial experimentar la presencia del Resucitado en nuestras vidas diarias. Esto implica una vivencia continua que influya en nuestras acciones, decisiones y relaciones. La Resurrección no es un evento relegado al pasado, sino una realidad presente que nos llama a vivir esta experiencia del Resucitado.

Al reflexionar sobre los relatos de los primeros testigos, encontramos una fuente inagotable de inspiración. Estos primeros discípulos, a pesar de sus dudas y temores iniciales, se convirtieron en fervientes proclamadores del mensaje de Jesús, impulsados por su encuentro con el Resucitado. Su valentía y dedicación nos desafían a evaluar nuestra propia fe. Siguiendo su ejemplo, estamos llamados a ser testigos vivos del amor y la esperanza en la Resurrección. Esto no significa que no enfrentaremos desafíos o momentos de duda, sino que, como ellos, encontraremos en la presencia del Resucitado la fuerza y el valor para perseverar. Al integrar su experiencia en nuestra vida espiritual, podemos renovar nuestra fe, encontrando en cada día nuevas oportunidades para vivir como verdaderos seguidores de Cristo, testificando con nuestras vidas el poder transformador de la Resurrección.



PRIMERA PARTE

LOS SOLDADOS	LAS MUJERES
"Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos." (Mt 28, 4)	"Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos." (Mt 28, 8)
El temor los invade paralizándolo su capacidad de encontrarse con Jesús Resucitado.	El gozo que experimentan tras afrontar sus miedos hacen que sean las primeras testigos.
LOS APÓSTOLES	TOMÁS
"Salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban." (Mt 28, 4)	"Trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente. Tomás le contestó: Señor mío y Dios mío." (Lc 24, 12)
La predicación es la consecuencia de la experiencia de paz tras su encuentro con Cristo.	La incredulidad no lo detiene en su deseo de reconocer al Resucitado como su Señor.
MARÍA MAGDALENA	PEDRO
"Le dice Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? [...] Jesús Le dice: María. Ella se vuelve y dice en hebreo: Rabbuní" (Jn 20, 15-16)	"Simón de Juan, ¿me amas más que a estos? Le dice él: Sí, Señor, tu sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis corderos." (Jn 21, 15)
La búsqueda de María la conduce a descubrir a su maestro, y a cambiar su llanto en alegría.	El amor de Pedro hacia su salvador es el motor que lo mueve a una entrega total por la causa.
LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS	PABLO DE TARSO
"Se dijeron uno a otro: ¿no estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las escrituras?" (Lc 24, 12)	"Yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia De Dios. Por la gracia De Dios soy lo que soy" (I Cor 15, 9-10)
La escucha de la palabra y el pan de la eucaristía renueva su encuentro con Jesús en el camino.	La conversión de Pablo lo impulsa a predicar el evangelio por todas partes.

DINÁMICA DE GRUPO

1. Lectura individual de cada uno de los personajes identificando sus actitudes con nuestra experiencia de fe.
2. ¿Cómo describiría mi experiencia personal del Resucitado? Escribe tu actitud personal ante esta.
3. Crear una nube de palabras, como la de la derecha, con cada una de las actitudes de cada miembro del grupo.
4. Comparte tu experiencia de fe con alguien del grupo en forma de binas.

PROFUNDIZACIÓN: RESURRECCIÓN EN LOS CUATRO EVANGELIOS

Creemos en Jesús resucitado, Señor de la vida y de la historia, porque hemos hecho también, por gracia del Espíritu de Dios, en el seno de la comunidad de la Iglesia, en su liturgia y en la oración personal, en el servicio gratuito a los demás, la experiencia personal y convincente de su presencia salvadora (Antonio Jiménez, La fe en tiempos de incertidumbre).

Sin duda la experiencia del Resucitado en la vida del cristiano es fundamental. Pero ¿cómo podemos explicar todas las incongruencias que existen entre los diferentes evangelistas al expresar esta experiencia de la resurrección?

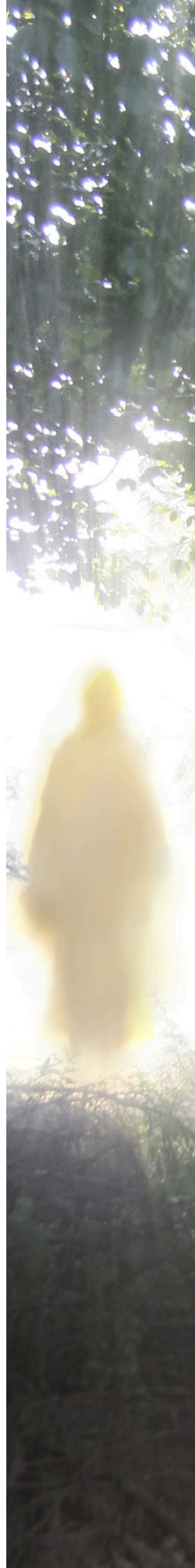
Los primeros discípulos se encuentran, como todos, con la peor experiencia de sus vidas: la muerte de su amigo Jesús, en el que habían puesto todas sus esperanzas, y que ahora los había defraudado. Tarde o temprano, todos los seres humanos han pasado, hemos soportado o nos encontraremos ante la experiencia de la muerte de nuestros familiares, nuestros amigos o incluso de nosotros mismos. La sociedad actual ha intentado camuflar la muerte de muchos modos, y evitar la cruel certeza de su finitud.

¿No es insoportable creer que todo por lo que hemos luchado, todo lo que hemos querido, todo lo que hemos hecho durante nuestra vida cae en el vacío tras la inminente llegada de la muerte? Por eso en nuestro interior sentimos la imposibilidad de que todo esto se desvanezca, e intentamos creer en la certeza de que todo por lo que luché, amé e hice no puede terminar así. Sin embargo, a pesar de mi voluntad de la existencia de una continuidad a todo esto, me doy cuenta de que no puedo volver a hablar como antes con mis seres queridos, ni hacerles volver, ni siquiera puedo imaginar el sitio donde puedan encontrarse.

Esto mismo pensaron los discípulos. No creían en la posibilidad de traer de vuelta al que habían creído que les salvaría de todas las injusticias que vivían, a Jesús de Nazaret. Hasta que, de repente, se toparon con una experiencia inesperada que les cambia la vida para siempre. Una experiencia tanto ambigua como cierta, vivida con tanta incertidumbre como verdad.

Esto es lo que nos encontramos en los evangelios, que brevemente explican esta primera experiencia al final de sus narraciones.

No se trata ahora de hacer una interpretación (hermenéutica) de lo que los evangelistas nos quisieron decir a través de sus narraciones sobre la Resurrección, sino de ver que cada uno intenta expresar con matices esa experiencia inefable que habían vivido o habían escuchado, y que por lo tanto, les lleva a grandes divergencias.



El primer evangelista Marcos es el primero de todos en narrar esta experiencia en el capítulo 16 de esta manera:

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarle. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, van al sepulcro. Se decían unas otras: «¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro?» Y levantando los ojos ven que la piedra estaba ya retirada; y eso que era muy grande. Y entrando en el sepulcro vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron.

Tras la experiencia de la muerte, las mujeres eran las únicas que estaban preocupadas. A pesar del miedo, fueron a comprar aromas y muy temprano fueron a embalsamarlo, ya que el viernes no lo había podido hacer bien. Para su sorpresa, aunque no habían pensado en cómo quitar la piedra, se encuentran que el sepulcro está abierto. ¡Vaya susto se llevaron al ver que cuando entraron en el sepulcro no encuentran a un muerto, sino a un joven vestido con una túnica blanca.

6 Pero él les dice: «No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron. 7 Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dije.» 8 Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo.

A pesar del anuncio del joven sobre la resurrección de su Señor, las mujeres ni siquiera preguntan por el cuerpo que venían a embalsamar. Dejan sus perfumes en el sepulcro vacío y huyen despavoridas, con miedo a decir si quiera que habían visto al joven, cuanto más decir que Jesús había resucitado. A esta narración de Marcos, el evangelista Mateo, años más tarde añade la experiencia de los guardias, y cambia la actitud de las mujeres.

Pasado el sábado, al alborar el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran terremoto, pues el Ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su aspecto era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El Ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: «Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho. Venid, ved el lugar donde estaba. Y ahora id enseguida a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis." Ya os lo he dicho.» Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos.

No tenemos una grabación ni ninguna prueba de lo que sucedió exactamente aquella noche, pero seguramente pasaría algo especial. Esto llevó a los guardias a definir aquella experiencia como un terremoto, quizás exagerando lo que verdaderamente sucedió.



Por último, de entre los evangelios sinópticos, Lucas amplía considerablemente el texto de Marcos. En lugar de un joven, nos encontramos con “dos hombres con vestidos resplandecientes”. De nuevo los discípulos aparecen incrédulos ante el anuncio de las mujeres, aunque Pedro corre al sepulcro y queda asombrado.

Aparece tras esto uno de los fragmentos más utilizados de las apariciones de Jesús Resucitado, pero que solo aparece en este evangelio. Me refiero al fragmento de los discípulos de Emaús, ampliando brevemente la referencia del final del evangelio de Marcos. Ha sido uno de los más comentados e interpretados, ya que el evangelista nos proporciona una catequesis completa sobre la eucaristía, cuyo final muchos conocemos a la perfección: *Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron.*

Dos añadidos aparecen de nuevo en Lucas durante la aparición a los discípulos. Jesús se aparece a ellos diciendo “la paz con vosotros” e incluso come con ellos pez asado.

Mucho más amplio resulta el evangelio de Juan que hace hincapié en otros aspectos. Este evangelio, más tardío que los tres sinópticos, hace una reflexión profunda de los hechos y quiere dar una explicación exhaustiva de los mismos. Describe escuetamente la ida al sepulcro de María Magdalena, que ya los demás evangelistas habían descrito con más detenimiento.

Sin embargo, ahora se centra en el añadido que Lucas había realizado en el capítulo 24, 12. Mientras que Marcos y Mateo dicen que los discípulos no creyeron a María Magdalena, Lucas y Juan narra la carrera hacia el sepulcro de Pedro, aunque este último evangelista también se introduce a sí mismo en esa carrera. Juan cuenta que el discípulo a quien Jesús quería, es decir, él, y Pedro corrieron al sepulcro. Él, que era más joven, llegó antes pero no entró. Al llegar Pedro, entró primero en el sepulcro y vieron las vendas y el sudario, como signos visibles de la resurrección.

Tras esto, Juan expone de forma amplia el encuentro del resucitado con María Magdalena. Mientras que Marcos solo dice que Jesús se le apareció a ella, y Mateo dice que se le apareció a las mujeres, Juan amplía la narración al encuentro personal del Resucitado con María Magdalena. En esta narración del capítulo 20, 11-18 de Juan ella se encuentra llorando fuera del sepulcro. Dos ángeles le preguntan sobre el sentido de su llanto, a lo que responde que era porque se habían llevado a su Señor. Y es entonces que se produce el conocido encuentro:

Le dice Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: “Señor, si tú lo has llevado dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré”. Jesús le dice: “María”. Ella se vuelve y le dice en hebreo: “Rabbuní”- que quiere decir Maestro-. Dícele Jesús: “No me toques, que todavía no he subido al Padre. Vete donde mis hermanos y diles: “Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”.



WWW.CULTURAYFE.ES